

Fray Bernardino de Sahagún, *Códice Florentino, Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Editorial Libros Más Cultura y Editorial Aldus, 2001.

Innumerables fueron las vicisitudes que tuvo que sortear fray Bernardino de Sahagún para la elaboración de su magno trabajo doctrinal y antropológico: la confiscación de distintos materiales por parte de las autoridades quienes los consideraban contrarios a la empresa evangelizadora, la falta de apoyo para la prosecución de sus estudios, e incluso, los reveses del destino obstaculizaron la labor del fraile quien, aún octogenario, no cesó de perfeccionar sus obras.

De su enciclopedia doctrinal sólo se publicó en 1583, casi al final de su larga vida, la *Psalmodia Christiana*, quizá por descuido de los censores quienes no lograron advertir la amplitud del material bíblico que incorporó, cuestión condenable por entonces. Por otra parte, su *Historia general* que fue conformándose desde los manuscritos preparatorios conocidos como *Primeros memoriales* hasta el *Códice florentino*, sólo se conoció cuando en el siglo XIX se preparó su impresión, fundamentada en la parte castellana. De ahí en adelante investigadores mexicanos y extranjeros se interesaron en el estudio y edición de algunas de las obras que conformaban los dos complejos enciclopédicos, preparados por el fraile.

En 1580 entrega Sahagún a fray Rodrigo de Sequera, su protector, el manuscrito bilingüe náhuatl-castellano que recientemente había concluido para que lo llevara a España. Se trataba de la versión más acabada de la *Historia general*, que más tarde se conocería como *Códice florentino*. El franciscano tenía la esperanza de que una vez en el viejo mundo la magna investigación realizada con la ayuda de sus alumnos del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco se difundiera y fuera estudiada. Pero no fue así, pues, por no muy claros motivos, pasó a pertenecer a uno de los repositorios de Florencia, donde quedó confinada por mucho tiempo. Fray Bernardino no volvió a saber más de aquel monumental trabajo, producto del intenso diálogo que estableció con los acolhuas y tlatelolcas más versados en las distintas materias del saber indígena. Aquel hermoso libro, distribuido en 4 volúmenes, resultado de pormenorizadas pesquisas y de continuas ampliaciones y reacomodos, no fue difundido inmediatamente como lo anhelaba su autor. Pero hoy para nuestra fortuna se imprime una vez más en México.

Además del invaluable contenido que guarda en sus numerosos folios, el *Códice florentino* es un verdadero regalo a la vista. Su impecable diseño y la distribución de las viñetas decorativas y de las 1845 láminas alusivas a los temas que se van desarrollando, proporcionan un

disfrute estético. La escritura de los textos en náhuatl y castellano, circunscrita en un marco trazado al carbón, es por lo general muy clara. José Luis Martínez considera, después de un análisis de los rasgos, que fueron 5 ó 6 los amanuenses que intervinieron en ella.

Pero ¿qué relación guardan ambos textos entre sí? La versión castellana elaborada posteriormente a la náhuatl, cuando en 1575 le es restituido el apoyo al fraile para que concluyera su ambicioso proyecto, no es una traducción literal de ésta. La versión española resume en ocasiones la mexicana, otras la comenta; se detiene en la explicación de un sinnúmero de vocablos indígenas que aparecen insertos en el escrito en español y que Sahagún consideró deberían ser explicados para que fuesen comprendidos por sus compañeros de orden y por los lectores europeos a quien iba dirigido. Pero la voz de sus informantes indígenas se deja escuchar en la versión náhuatl. Contiene ésta las respuestas que dieron los sabios a las preguntas planteadas en el cuestionario de fray Bernardino. Luego su voz parece deslizarse y de manera espontánea comentar determinados temas. Ambos apartados son pues el resultado de un intercambio dialógico; son la información y la interpretación de ésta; las respuestas a la indagación sistemática, pero también la expresión libre del ser y el sentir indígenas que desborda, en ocasiones, al riguroso interrogatorio.

Esta alternancia de voces es uno de los aspectos más interesantes de la obra; pero para poder comprenderla en toda su magnitud es necesaria la traducción del texto indígena y la confrontación de éste con la parte castellana, transvase que ya se ha realizado pero al inglés; de esta forma, podrían identificarse claramente el diálogo sostenido entre un excepcional hombre renacentista que intentó compenetrarse en un mundo insospechado y los indígenas que nos permitieron conocer a través de ellos su muy particular idiosincrasia. Un ejemplo de lo anterior lo tenemos en el libro primero, relativo a los dioses. Desde los enunciados capitulares se advierte una clara diferencia entre los textos castellano y nahua; en el primero se presenta de manera sistemática la alusión a las deidades indígenas y su posible equiparación con las del olimpo romano: Tezcatlipoca era otro Júpiter; Chicomecóatl, otra Ceres; Chalchiuhtlicue, otra Juno. La elisión de estas correspondencias en el texto náhuatl está relacionada con el destinatario del escrito, en este caso, el indígena quien obviamente no podría comprender la referencia a aquellos personajes mitológicos. En los prólogos, apéndices y diversas notas de los distintos libros que componen la crónica se escucha asimismo la voz del fraile, introduciendo al tema en cuestión, interpretándolo o comentándolo, como cuando condena implacablemente la idolatría practicada por los indios en la confutación

que sigue al texto del libro primero. Aquí es el misionero responsable de la conversión el que habla; pero también incorpora elogiosas referencias respecto a la magnificencia de su arquitectura, sobre su rigurosa formación religiosa y guerrera, y sobre la destreza mostrada por los indígenas en determinadas actividades.

Por los que toca al texto náhuatl, tomando en cuenta de nuevo el libro primero, podemos decir que se eliminan todas las comparaciones y recursos explicativos que se aprecian en la columna que se ha comentado anteriormente. Por ejemplo, en el capítulo I dedicado a Huitzilopochtli, se presenta, después del enunciado capitular que introduce al tema, una enumeración sobre los atributos del que en la parte castellana es considerado otro Hércules. Algunas de las peculiaridades que distinguen a esta deidad no están contempladas por igual en ambos textos: en la versión española leemos que “fue robustísimo, de grandes fuerzas y muy belicoso, gran destruidor de pueblos y matador de gentes en las guerras, era como fuego vivo, muy temeroso a sus contrarios”. En tanto que en la parte náhuatl aparece una gama más diversa de atributos asociados con esta divinidad guerrera: “era solo merecedor, hombre, brujo, espanto, turbulencia, engañador, creador de enemistades, dirigente, incitador a las armas. Se decía de él que arrojaba antorchas sobre la gente. Quiere decir enemigo, guerra, incendio”.

Sigue en el texto náhuatl una muy breve alusión acerca de los hombres sacrificados en su honor. Esta información aparece referida con mayor detalle en la versión castellana, en la que se habla, aunque muy someramente, del atavío que portaban los esclavos inmolados. Por último, en el apartado derecho tenemos una más puntual relación acerca de la indumentaria de Huitzilopochtli: sus orejeras, su doble serpiente de turquesas, su cinturón, entre otras, que no parece corresponder con el que se lee en el escrito castellano. Si comparamos esta parte del escrito con los textos correspondientes a los *Primeros memoriales*, observamos que en este caso particular, estos últimos contienen una descripción más exhaustiva respecto a los atuendos de esta deidad que incluye, además de los tres rasgos o componentes mencionados, la referencia a las rayas sobre su rostro, al soplo de sangre sobre su frente y al color azul claro de sus piernas, sólo que en este texto preparatorio a su monumental obra bilingüe estos indicativos aparecen como una enumeración y no como parte de un relato estructurado. Lo anterior de ninguna manera implica que la información contenida en esos *Memoriales* sea siempre pormenorizada; únicamente pone de relieve que los textos correspondientes a las diferentes etapas de elaboración de la *Historia general* no guardan estrecha similitud,

como no la guardan el manuscrito náhuatl y el castellano del *Códice de Florencia*.

En cuanto a las ilustraciones incluidas cabe señalar que son producto del mestizaje cultural. Si las láminas incorporadas en los manuscritos preparatorios, esto es, en los *Primeros memoriales* y en los *Códices matritenses* están más próximas a las representaciones prehispánicas, las pinturas del *Códice florentino* integran ya algunos elementos propios del mundo occidental: en los fondos de los dibujos encontramos columnas platerescas y muros de mampostería, la reproducción de las pirámides no parece coincidir con sus formas arquitectónicas reales y algunos personajes visten ya a la nueva usanza. Si los dibujos que aparecen en los manuscritos primarios de la *Historia* plasman con mayor fidelidad el universo indígena, los que se incorporan en el *Florentino*, alejados un tanto de él, ganan en composición y coloreado.

Hasta aquí se ha hecho referencia brevemente al valor antropológico de la obra sahumuniana que en esta ocasión nos ocupa; no obstante, tendríamos que señalar también su enorme importancia lingüística. Numerosas son las alusiones de los contemporáneos del fraile y de los estudiosos modernos respecto a sus dotes lingüísticas que lo llevaron a realizar trabajos no sólo de índole gramatical y lexicográfica: me refiero a su *Arte de la lengua mexicana*, hoy extraviada, o al vocabulario trilingüe que habitualmente se le ha atribuido, sino a la elaboración de obras de carácter doctrinal las cuales fueron concebidas a partir de las características intrínsecas de la lengua náhuatl. Lo anterior supuso un enorme esfuerzo lingüístico-conceptual. Se trataba de adaptar a la cosmovisión indígena la forma del culto que se deseaba imponer; las dificultades que implicaba un transvase de esta naturaleza merecen sin duda un espacio especial. No obstante, lo que aquí interesa es destacar el dominio que llegó a tener Sahagún del idioma mexicano.

La confección de su magna *Historia* se fundamentó al principio en una lista de palabras nucleares que fue ampliada y comentada por los sabios de Tepepulco y Tlatelolco, como se puede apreciar en algunos folios de sus primeros escritos. La base de su amplísimo relato fue en buena medida lexicográfica. El resultado último de su proyecto, es decir, los dos textos a los que nos hemos referido antes, muestran asimismo la especial atención del fraile en el significado de los términos. A lo largo de la versión castellana se puede advertir la injerencia de un sinnúmero de voces nahuas, las cuales en su mayoría son explicadas con gran meticulosidad. Parecería, en muchas partes, que su crónica es más bien un enorme lexicón que encierra infinidad de vocablos relativos a los más variados ámbitos del universo prehispánico. Como

señaló el jesuita Francisco Javier Clavijero es “un diccionario universal de la lengua mexicana, que contiene todo lo perteneciente a la geografía, religión e historia política y natural de los mexicanos...”.

Las definiciones que acompañan a éstos, muchas de las cuales no se incorporan en ningún otro *corpus*, muestran el interés de Sahagún por aproximar al lector a las nuevas realidades de un mundo hasta entonces impensado. El franciscano tuvo que diseñar diversos procedimientos morfosintácticos y semánticos que permitieran tal acercamiento; por ejemplo, la correlación de referentes del nuevo y viejo mundo que él consideraba hasta cierto punto similares, las puntuales enumeraciones de las características del objeto, e incluso, las equiparaciones entre realidades mexicas y otras procedentes de las Antillas, Islas a las que habían arribado en primera instancia los conquistadores y de las que adoptaron numerosas voces nativas. A continuación se transcribe una ilustrativa definición extraída del libro XI del *Códice florentino*:

Ay unas avecillas en esta tierra, que se llaman *cocotli*, y todos los españoles las llaman tortolillas, no son tan grandes como las de castilla, pero son de aquella color, son bajuelas: tienen las alas rubias son pintadillas, tienen la pluma muy lisa, tienen los pies colorados y bajuelos, llamanse *cocotli*; porque cuanto cantan dicen coco, cococ, comen semjillas de las yerbas, y también chian, no se casan mas de una vez; y quando muere uno el otro, siempre anda como llorando, y solitario diciendo coco, coco: dicen que la carne destas aves comjda, es contra la tristeza a las mugeres celosas danlas a comer la carne destas aves, para que olviden los celos y tambien los hombres.

Asimismo el fraile proporcionó los distintos nombres nahuas acuñados para aludir a un concepto específico; no simplificó, no redujo, en los casos que se requería yuxtapuso todas sus designaciones. Recordemos tan sólo las múltiples referencias a Tezcatlipoca a quien, como señala fray Bernardino, también se le llamaba Moyocoyatzin, Yaotzin, Necoc Yaotl, Titlacahuan, Monenequi, Teyocoyani y Teimatini.

El *Códice florentino*, como hemos visto, representa un invaluable testimonio de nuestro pasado. En él encontramos la voz de quienes conocieron sus costumbres y tradiciones a través de los registros pictográficos y de una rica tradición oral; pero también a través de él escuchamos a los protagonistas de un momento trascendente en la historia de la humanidad: el encuentro de dos mundos diferentes.

Hoy como hace 25 años en que el Gobierno de la República edita por vez primera en México ésta que sin duda es una de nuestras más apreciadas fuentes, nuevamente sale a la luz, pero ahora en 4 to-

mos, de la misma forma en que fue dispuesto por su autor. La presente edición facsimilar, encuadernada en piel, va acompañada, en un tomo aparte, de un amplio y revelador prólogo del doctor Miguel León-Portilla en el que se trata principalmente el complejo proceso de transvase de códigos diferentes, que los indígenas proporcionaron a Sahagún para elaborar su magna *Historia*. En esta introducción se pone de relieve la dificultad que supuso integrar en un trabajo de tan amplias dimensiones la información recabada a través de sistemáticos interrogatorios, relatos espontáneos y de registros pictóricos que le fueron allegados al misionero-etnólogo, a fin de estructurarlos y glosarlos hasta que quedaran constituidos en el testimonio más completo del mundo prehispánico. Asimismo se analizan pormenorizadamente las distintas etapas de investigación y el esfuerzo que representó para el fraile el acercamiento al mundo del "otro", de ese otro que se propuso comprender y al que incluso, en más de un sentido, llegó a admirar.

PILAR MÁYNEZ

*El héroe entre el mito y la historia*, coordinadores Federico Navarrete y Guilhem Olivier, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas y Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México, 2000, 356 p.

¿Qué distingue al hombre común de los seres extraordinarios que traspasan los comportamientos convencionales para erigirse en figuras glorificadas? ¿cuáles son los atributos de estos peculiares personajes que logran perpetuarse mediante el recuerdo permanente de sus excepcionales acciones? ¿cómo se han interpretado a través del tiempo sus gestas heroicas y cuáles han sido los medios que las han transmitido?

Éstas y otras preguntas pueden aclararse en este espléndido volumen que aborda, desde diversas perspectivas, la naturaleza de seres dotados de inusuales capacidades, que han existido en diferentes tiempos y latitudes y que continúan siendo motivo de nuestra admiración. Federico Navarrete y Guilhem Olivier han reunido, para nuestra fortuna, diecisiete trabajos que fueron presentados en 1997 en el congreso denominado de la misma forma que el libro: "El héroe entre el mito y la historia".

Ya Vladimir Propp en *Las raíces históricas del cuento* planteaba las vicisitudes a las que deberían de someterse aquellos hombres que pretendían rebasar los límites preestablecidos y las pruebas que deberían superar en ese viaje iniciático hasta acreditarse como personajes de